

MOR. Sigues creyendo que Adela ama á Francisco.... ¡Va-
ya que eres un niño!

ESCOENA VI.

Los Mismos, ADELA, MARIA.

ADE. [Sacando á María de la mano]. Aquí está, madri-
na, aquí está.

MAR. (Adelantándose hacia la Condesa). Señora (Se
inclina y quiere besarle la mano).

COND. No, en mis brazos; usted es la mujer de mi hijo.

MAR. He sido culpable.

COND. Ustedes se amaban, era su disculpa. Por lo pronto,
no pude comprenderlo. Olvidemos, ¿quiere usted?

MAR. Con toda mi alma, señora.

COND. Llámeme usted madre. De hoy en adelante, quiero
tener dos hijas en mi casa, porque ustedes van á vol-
ver cuanto antes á Tacubaya; ¿no es verdad, Fran-
cisco?

ADE. ¿Qué gusto! vamos á estar juntos. Mi madrina les ha
destinado todo el pabellón del jardín.

COND. ¿Estarán ustedes á gusto?

MAR. ¡Ya lo creo!

COND. ¿No quedarán ustedes con estrechez?

FRAN. (Sonriendo). Mira lo que tenemos aquí.

MOR. ¿Aquí, picaruelos? Pero si ustedes están mejor aloja-
dos que un mayor de caballería con familia!

FRAN. Yo gané ochenta pesos en una Compañía de Seguros.

MOR. ¿Y con eso pagas la modista de tu mujer?

COND. Ella tan elegante como siempre.....

FRAN. María da lecciones de piano..... gana mucho dinero.
Eso hasta me avergüenza.

MAR. ¿Quiéres callarte? [A la Condesa, con quien habla-
ba en voz baja]. Sí, mamá, tres piezas, además de la
antesala, y una cocina muy grande.

ADE. ¿Podemos ver la casa?

COND. (A Francisco). ¡Oh! enseñanosla..... Deseaba yo tan-
to saber cómo vivías. Tenía yo remordimientos; tenía
que por mi orgullo y mi severidad estuvieras sufrien-
do y pasando una vida angustiosa.

ADE. (Mirando á su rededor). Creo que ésta será la sala.

LUIS. Sala y gabinete de trabajo.

MOR. Donde no se trabaja nunca.

COND. (Tomando un libro de la mesa). ¡Hola! mi poeta fa-
vorito.....

MAR. Un medio de pensar en su madre, ya usted lo ve. To-
dos los días me obliga á leerle un rato. Desgraciada-
mente yo no he sido lectora de la corte, no leo como
usted; y algunas veces se enfada por eso.

FRAN. ¡Oh! María.....

COND. (Abriendo el libro). ¡Es tan bello éste libro, en cual-
quier página que se abra! (Declama).

Lanzaba el sol su fuego á medio día

Sobre las tristes rocas del Calvario;

El polvo estaba ardiente y solitario,

Y hoja ninguna en su árbol se movía.

MAR. Nunca podré leer como usted.

COND. ¡Aduladora! me toma por mi lado flaco.

FRAN. Ven á ver nuestra recámara, mamá. [Entra con la
Condesa; Adela y María los siguen].

ESCENA VII.

LUIS, MORAN.

- MOR. (*Deteniendo á Luis que iba á salir también*). Luis, Luis ¿Qué te parece? Cuando pienso que he podido sospechar de ésta pobre María.....
- LUIS. Pues que ¿ya se disiparon las dudas que usted tenía?
- MOR. Pues si es la más honrada, la más sencilla, la más esforzada de las mujeres Tengo coraje contra mí mismo. Soy un cernícalo.
- LUIS. ¿De suerte que ya no cree usted que pueda ser aquella Margarita del señor Soriano?.....
- MOR. No es élla, estoy seguro puesto que Soriano ha encontrado á su Margarita . . . Había desaparecido durante algunos meses, y él estaba desesperado..... Al fin la encontró, y desde entonces, se aman como dos tórtolas, en el mayor misterio ni sus amigos más íntimos han logrado entrar á su casa de la calle de Gante.
- LUIS. ¿Calle de Gante?
- MOR. Sí, la antigua morada de Soriano ¿Por qué te asombras?
- LUIS. (*Con esfuerzo*). No me asombro, señor Morán. Ya estoy cobrando experiencia. (*Aparte*). Esto lastima el alma.

ESCENA VIII.

Los Mismos, LA CONDESA, FRANCISCO, MARÍA, ADELA.

(*Entran un momento al comedor las señoras*).

- ADE. (*Entrando á la sala con el ramo de orquídeas*). Papá, tú que gustas tanto de las flores, mira.

- MOR. ¡Qué hermosas orquídeas! pero es un gran manojo . . . ¿dónde las has cogido?
- FRAN. Las compró María en el kiosco del Empedradillo.
- MOR. Este ramo en el Empedradillo! Le habrá costado, por lo menos, veinte pesos y además, en los mercados no hay de estas flores.
- FRAN. (*Llamando*). ¡María!
- MAR. (*Que entra*). Ya he oído; pero estas flores no son del kiosco.
- FRAN. ¡Ah! yo creía Como me habías dicho
- FRAN. No, las he traído de San-Cosme.
- MOR. ¡Caramba! Estas flores sólo se dan en invernáculo, necesitan mucho cuidado..... (*A Luis*). Oye, Luis, te hablaba yo de Soriano, en su casa hay muchas orquídeas.
- MAR. También mi hermana tiene en San-Cosme una preciosa colección.
- COND. ¿Tiene usted una hermana en San-Cosme, María?
- MAR. Sí, la esposa del general Ovando.
- MOR. Pero ese general estaba viviendo en la hacienda del Cóporo.
- FRAN. (*Inquieto desde antes*). ¿En Cóporo? (*Mira á su mujer*).
- MAR. Se vinieron ya á México desde Noviembre.
- ADE. (*Volviendo del comedor donde dejó las flores*). El comedor es precioso ¿qué alegre es!
- MAR. Oiga usted, linda, la mesa es grande si quisiera usted comer con nosotros (*A la Condesa*). Mamá Señor Morán Nos sería muy agradable ¿Verdad, Francisco?
- FRAN. (*Distraído*). Seguramente,

- ADE. ¿Qué dice usted, madrina?
- MOR. Pero, hijos míos, ustedes ya no se acuerdan..... ¿y mi tertulia? ¿y la comedia de ésta noche? Mi hermana y Adela tienen que vestirse y que comer de aquí á las siete. *(A la Condesa)*. Vamos, Enriqueta, ven.
- COND. *(Abrazando á su hijo)*. Nos volveremos á ver mañana, Francisco.
- FRAN. ¿No se vuelve usted á Tacubaya?
- ADE. No, no Después de la comedia va á haber baile *(Alegre)*. y vamos á dormir en casa de papá.
- MOR. *(En el fondo)*. ¡Vamos andando!
(Todos pasan á la antesala, menos Adela y Francisco).
- ADE. *(Aparte al tiempo de salir)*. ¡Qué felices deben vivir aquí! Este sitio me correspondía y me lo han arrebatado *(En voz alta)*. Adios, Francisco.
- FRAN. *(Siempre distraído)*. Adios.

ESCENA IX.

FRANCISCO, después MARIA y LUIS.

- FRAN. *(Afligido)*. ¿Por qué me ha mentido, con motivo de esas flores?
- MAR. ¡Dios mío! que buena es tu madre, Pancho; se ha conducido como gran señora nunca lo olvidaré Pero ¿qué tienes? *(Un corto silencio)*.
- LUIS. En efecto, he advertido que desde hace un rato no tiene la cara de siempre. ¿Por qué será?
- FRAN. Deja, no tengo nada.
- MAR. Sí, padre, está enojado, se aburre conmigo pero ya sé por qué ahora que ha visto á Adela, compara y

- FRAN. ¡Oh!.....
- MAR. Como yo no tengo veinte años; como he perdido la frescura y los encantos de la juventud..... Ya me conocí demasiado.....
- FRAN. Cállate; me haces sufrir mucho.
- MAR. ¿Y tú no me haces sufrir? Ahora que vas á volver á tus antiguas costumbres, á la vida de holganza, con tus caballos y tus criados, ya no serás mi Pancho; en lugar del marido amante voy á tener al esposo frío, presumido y afectado.
- FRAN. *(Conmóvido, se acerca á ella)*. Ven, hermosa mía.
- MAR. *(Rechazándolo)*. ¡Oh! antes que verte así, prefiero mil veces quedarme sola en este rincón, con mis recuerdos.
- FRAN. *(Cómicamente)*. ¡Ah! así es la mujer ahora yo soy el que va á aparecer culpable!
- LUIS. Amigos míos, mis queridos amigos, no están ustedes en lo justo. Se denuestan, en lugar de gozar de su ventura y de darle gracias á la Providencia..... sí, á la Providencia, que se sirve de los medios más sencillos para reconciliar los ánimos.
- FRAN. En efecto, yo creo que esta reconciliación ha sido milagrosa..... Pero, no me has dicho cómo *(María entra al comedor)*.
- LUIS. Una tarjeta, una simple tarjeta de visita lo hizo todo. Un amigo que quería verte, precisamente en los momentos del rompimiento con tu madre, cuando María y tú acababan de marcharse. Allí estábamos todos, mirándonos sin abrir la boca; preguntaron por tí, y no nos atrevimos á responder, porque nos habían prohibido pronunciar tu nombre. Al fin tu madre se deci-

dió á contestar: "Mi hijo ya no vive aquí, mi hijo no volverá jamás." Las lágrimas la sofocan, y yo, al ver llorar á tu inflexible mamá, dije para mí: "Yo arreglaré este negocio." y lo he arreglado.

FRAN. ¿Y quién fué esa visita providencial?

MAR. (*Muy alegre*). ¿Cómo quieres que se acuerde, después de seis meses?

LUIS. Me acuerdo tanto más cuanto que ayer ha ido á buscarme á mi iglesia para preguntarme las señas de tu casa. En aquella ocasión no tuvo tiempo para detenerse, pero ahora se va á instalar en México, y no vuelve á Buenos-Aires.

FRAN. (*Dando un grito*) Ocaranza ¡Oh! esto es singular ahorita hablábamos de él, aquí, hace un momento (*Llamando*). ¡María!

MAR. [*Saliendo del comedor*]. ¿Qué?

FRAN. Ocaranza que está en México Ocaranza que me busca mientras que nosotros leíamos sus cartas.

LUIS. Me ofreció que vendría esta noche, después de comer.

MAR. (*Con ímpetu de cólera*) ¿En mi casa? ¿aquí? ¿esta noche? (*Muy apacible*). ¡Oh! ¿por qué esta noche? Estábamos tan contentos, íbamos á comer tan tranquilos, los tres solos, y vamos viendo que un extraño.....

FRAN. (*Con viveza*). Pero si no es un extraño.

MAR. [*Poniéndole las manos en los hombros*] Yo te lo suplico, Panchito; yo te lo ruego, no me echés á perder un día tan bonito. ¿No quieres? [*Afligida*]. No tengo suerte no la tengo.

FRAN. No te aflijas, querida mía Nunca te he visto como ahora Dios mío, si te desagrada que ese muchacho venga esta noche, le mandaré un recado.

LUIS. Nada más fácil, vive en el hotel de Iturbide.

MAR. Eso es, escríbele pero luego, luego.

FRAN. (*En su escritorio*) ¡Eres una niña!... vamos. (*Escribe*).

MAR. [*Alegre*] ¿No cree usted, Luis, que la reunión será más íntima? En un día como hoy, después de esta feliz reconciliación, tiene uno tantas cosas que decirse. Después de todo, ese señor nos hubiera molestado. (*A Francisco*). ¿Llamo á nana Trini?

FRAN. (*Cerrando su carta*). No, que disponga la comida. Voy yo mismo. En domingo no es fácil encontrar un mensajero. (*Escribe la dirección*). "Señor Don Joaquín Ocaranza, Hotel Iturbide." Ya está Voy, y vuelvo en seguida [*Sale*].

ESCENA X.

MARIA, LUIS.

MAR. (*Después de haber escuchado un momento en la puerta de entrada, cierra la puerta del comedor, después se dirige á Luis*). Padre.

LUIS. (*Volviéndose hacia ella*). ¿Señora?

MAR. (*Sin mirarlo*). Pues bien, sí; la mujer de la calle de Gante, era yo.

LUIS. Ya lo sabía.

MAR. Salía yo de la casa de una amiga. (*Movimiento de Luis*). Una excelente amiga á la que Francisco me ha prohibido visitar; pero en estos momentos la agobia una pesadumbre tal, que me he visto obligada á desobedecerlo Imagínese usted todas las desgracias, todas las aficciones Es culpable, sí, muy culpable Tiene un pasado odioso, un pasado de adulterio y de engaño, que ha ocultado, recurriendo á embustes y mentiras todavía peores. Pero todo es-

to..... ¡es porque ama mucho! (*Bajando la voz, extraviando la mirada*). Ha llegado hasta procurarse documentos falsos para que no se sepa su verdadero nombre, para casarse con el elegido de su corazón; en fin, para conseguir la dicha y la felicidad. Nunca había sido feliz.

LUIS. ¡Pobre mujer!

MAR. (*Muy animada, como extraviada*). ¡Oh! sí, compádezcala usted..... Casada ahora con el hombre que había soñado, un ser que ella adora y por quien es adorada con toda el alma, se ha visto obligada á engañarlo, á mentir de nuevo, para conservar su felicidad, para huir de las asechanzas de un antiguo amante que la atormentaba, la perseguía, la amenazaba con revelarlo todo..... ¡Oh! ¡qué suplicio, traicionar á un marido adorado..... y todo inútilmente!..... Apenas se pone á salvo de este peligro, cuando sobreviene otro, más terrible aún, inesperado, inevitable. Está muy cercano, ya viene, la infeliz lo está viendo..... ¡Piedad, Dios mío, piedad!

LUIS. ¿Qué puedo yo hacer?

MAR. No sé pero usted es sacerdote, y he creído que dirigiéndome á usted, revelándole este infortunio, esa mujer, tan cruelmente castigada ya, por sus remordimientos, por sus terrores

LUIS. (*Lentamente, con intención*). Sí, soy sacerdote, y mi deber es acudir á socorrer á esa pobre pecadora; sobre todo si su arrepentimiento es sincero, si no oculta nuevos subterfugios. Pero, aunque soy sacerdote, no dejo de ser un niño; muchas cosas de la vida se me escapan..... Sería bueno que la amiga de usted

fuera mañana á hablar conmigo en el confesionario, y entonces, inspirado por Dios

MAR. [*Colérica*]. ¡Oh! siempre Dios no se trata ahora de Dios; quiero una protección material, exijo un socorro inmediato.

LUIS. (*Mirándola cara á cara*). ¿Para quién? No mienta usted. ¿Para quién?

MAR. ¡Silencio!..... ¡Francisco!

ESCENA XI.

Los Mismos, FRANCISCO, después NANA TRINI.

FRAN. Me ahorré el trabajo de ir hasta el hotel, aquí en la calle encontré un mensajero. La noche entera nos pertenece.

MAR. Gracias, Pancho.

N. TRI. (*Abriendo la puerta del comedor*). La señora está servida.

FRAN. ¡Vamos, á la mesa! (*Luis entra al comedor, Francisco se acerca á María, que está delante del espejo*).
¿Vienes, querida?

MAR. (*Con ternura*). ¿Ya no estás enojado?

FRAN. ¡Hace mucho tiempo! (*La abraza*). ¡Cuánto te amo!

LUIS. (*En el comedor*). Nana Trini, la sopa tiene un olor cillo

FRAN. [*Sentándose á la mesa*]. Delicioso..... ¡Ah! María, oye..... he convidado á Ocaranza á almorzar mañana temprano. [*Luis bendice la mesa*].

MAR. [*De pie ante el espejo, tratando de reponer su semblante, en voz baja, lentamente y para sí*]. ¡Ocaranza!..... Entonces, ¿qué va á ser de mí mañana?

TELON.